



Esteban Echeverría

Saúl Sosnowski

Contexto

En un cuarto de siglo de vida definida como políticamente independiente, las Provincias Unidas del Río de la Plata ensayaron juntas de gobierno, triunviratos, directorios... Estos ensayos no produjeron un modelo perfectible; potenciaron, al contrario, la exacerbación de intereses locales, la manifestación de la ingerencia mercantil inglesa en el orden económico y, en última instancia, las divisiones irreductibles que condujeron a la guerra civil. Los bandos y las proclamas oficiales, al igual que las muestras de los cancioneros populares de la época, señalan claramente que tras la retórica del control del poder subyace la presencia del control efectivo de la economía provincial -los intereses locales dificultan en gran medida la proyección de un control nacional. La navegación de los ríos, la exportación de cueros, la posesión de los saladeros y los intereses de la burguesía citadina, se disputaban el Puerto. En términos literales, se trataba del control de la boca alimenticia que canalizaría todas las funciones de un cuerpo aún deforme pero ya sometido a las presiones de la integración de América Latina al mercado capitalista internacional.

Desde la perspectiva nacional inmediata parecía dirimirse un conflicto entre dos posiciones políticas que abogaban por sistemas gubernamentales diferentes. El conflicto que caracterizó a muchos países del continente al batirse (con diversas nomenclaturas) unitarios y federales, no logra dar cuenta del curso global que se planteaba al examinar los papeles que les eran asignados -y no elegidos directamente por un consenso de voluntades propias o nacionales- por intereses europeos. Esto no significa que existiera una clara y tajante dicotomía entre fuerzas que abogaban por la independencia nacional y aquellas que sostenían que sólo en una relación dependiente la nación desarrollaría su verdadera misión entre los pueblos civilizados. La complejidad de las facciones y el circuito variado seguido por todos los bandos proponen una serie de cambios -no todos ellos de matices sutiles- que obedecen a la marcha de otras campañas que no excluyen los enfrentamientos armados.

Datos biográficos

Dentro de este marco general transcurrió la vida adulta de Esteban Echeverría. Echeverría nació en 1805 en una Buenos Aires virreinal que al poco tiempo se enfrentaría con las invasiones inglesas y con una toma de conciencia de su «peculiaridad». Su madre fue porteña; su padre, un comerciante vasco que murió en 1816. Echeverría asistió a una escuela de su barrio donde junto con las disciplinas acostumbradas absorbió el ideario de la Revolución de Mayo. Su temprana juventud se desplazó por lo que podría definirse como una vida licenciosa que transcurrió en algunos sectores marginados de la sociedad. Fue la etapa que el propio Echeverría vería como negativa y culpable de los sufrimientos de su madre. Al margen de la evaluación ética, estos contactos iniciales con los sectores populares se manifestarían posteriormente en algunos de sus escritos y actitudes. Los estudios universitarios, que inició en 1822, fueron complementados por su aprendizaje en el comercio. Las transacciones comerciales se matizaron con lecturas francesas; los gustos y los medios de supervivencia se ajustaron a la moda y al influjo que sería subrayado durante su estancia en Francia.

Cuando en 1825 Echeverría parte hacia Europa, la aduana lo identifica como «comerciante»; al regresar en 1830, él se define como «literato», ambas precisiones se aúnan en los intereses que proclamará en documentos posteriores en los que se mantienen ambivalencias y ambigüedades propias del pensamiento que ordenará la república liberal. Durante su residencia en París vive una época de transformaciones sociales que se evidencian en los cambios artísticos. Se imbuje en las lecturas de la época y se adentra en las obras de Shakespeare; es afectado por Byron, por el ímpetu del romanticismo alemán que penetra el mundo francés; por las obras de Goethe y de Schiller. Se compenetra de una corriente que canalizará el pensamiento de los miembros de su generación: el socialismo utópico de Saint-Simon (la propia experiencia de Echeverría con la «unión del trabajo manual» y el intelectual acogía con un alto signo de comprensión esta apertura al futuro). Se suman lecturas de Lerminier, Leroux, Lamennais y las discutidas ideas de Fourier.

Este período formativo en la vida intelectual de Echeverría se proyectaría a los integrantes de la Generación de 1837. Cabe señalar que él introdujo algunas de estas lecturas en Río de la Plata. La influencia de la *Revue Encyclopédique* y la *Revue de Paris* serían notadas en textos publicados en *La moda*, *El iniciador* y *El Nacional*.

La experiencia parisina de Echeverría aunó las influencias del socialismo con el fuerte desarrollo del romanticismo. Ambas lecturas de una realidad en vías de transformación serían utilizadas por él y por sus colegas como medios para organizar un ambiente nacional que percibían caótico y opuesto a los ideales de Mayo. Sin embargo, antes de obtener el reconocimiento de la intelectualidad porteña, Echeverría padeció un período de desconocimiento y retiro. Cuando en 1832 se publica *Elvira o la novia del Plata* -fuertemente influido por modelos románticos europeos- Buenos Aires no registra el aporte de esta obra a su medio. Dos años más tarde, Echeverría publica *Los consuelos*, obra que sí despierta el interés de los círculos literarios y que le vale el comentario positivo de los críticos de la época. Entre estos figura Juan María Gutiérrez con una importante lectura y una atención que se esmeraría en la recopilación de las *Obras Completas* de Echeverría.

1837 fue un año crucial para los círculos intelectuales de Buenos Aires. Entonces se inauguró el Salón Literario de Marcos Sastre en el que participaron activamente Juan Bautista Alberdi, Gutiérrez y el propio Echeverría. La nómina de los asistentes recoge a casi toda la intelectualidad del momento. El poder de Juan Manuel de Rosas se haría sentir al poco tiempo en la censura de algunos de sus participantes, hecho que ya subrayaba el rumbo que seguirían los intereses literarios allí planteados. La presencia marginal de Echeverría en los primeros encuentros cede paso a la distinción con su lectura pública de pasajes de *La cautiva*, poema que incluye en el volumen *Rimas* (1837). Fragmentos de su poesía eran difundidos como canciones -dato congruente, si se quiere, con el pasado «guitarrero» del propio autor. En esos días, Sastre, quien ya había tomado nota de los valores de Echeverría, le pidió que encabezara el Salón. Echeverría no logra hacerlo, pero sí pronuncia dos lecturas en las que analiza la situación intelectual y económica y en las que anuncia el asomo de una posición que se distancia de las plataformas federal y unitaria que desarrollaría a fondo poco tiempo después.

Las ideas de Echeverría subrayaron la necesidad de aunar todos los esfuerzos hacia una renovación de los ideales de libertad y los principios de Mayo anclados en el conocimiento de lo propio, lo nacional. Bajo la influencia de Mazzini, la Joven Italia y la Joven Europa, se funda en Buenos Aires la «Asociación de la Joven Generación Argentina», que luego pasó a ser la «Asociación de Mayo». Echeverría estuvo a cargo del «Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina», publicado luego bajo el rótulo de *Dogma socialista*.

El abandono de una concentración artística y literaria para pasar a la militancia política, atrajo como resultado la intervención del gobierno de Rosas. La Asociación se dispersó al exilio. Echeverría permaneció desde 1838 hasta 1840 en la estancia de los Talas confiando, al igual que los unitarios, en que la intervención francesa pondría fin al régimen federal. Su percepción del gobierno de Rosas se define en el cuento *El matadero*, que data de esa época. Cuando la expedición del general Juan Lavalle fracasa, Echeverría emigra hacia la Banda Oriental. Luego de una estadía inicial en Colonia, pasa a

Montevideo, centro de la agitación antirrosista, donde se consolida la «Asociación de Mayo».

En 1842 escribió el extenso poema «La guitarra» (regido por un epígrafe de *The Tempest*, de Shakespeare). En 1845 escribió «Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37», que se publica al año siguiente. En ese período también redacta «Peregrinaje de Gualpo», «Mefistófeles», «Apología del matambre» y artículos varios sobre problemas literarios y estéticos. En 1846 también termina «El ángel caído», en el que continúa el proyecto iniciado en «La guitarra». Al año siguiente se publican sus dos cartas polémicas al publicista italiano, partidario de Rosas, Pedro de Angelis, editor del *Archivo Americano*. En 1849 escribe el poema «Avellaneda», basado en las peripecias y ejecución de Marco Avellaneda.

Durante todos estos años, su salud sufre una serie de altibajos que han sido documentados en cartas a colegas y amigos. Este estado de salud se vio reflejado en una actitud cada vez más crítica de los logros de esos años de exilio y de las actitudes políticas emprendidas contra Rosas. A comienzos de enero de 1851, Echeverría muere en Montevideo. Un año más tarde caería el régimen de Rosas.

La obra

Toda historia de la literatura hispanoamericana, toda consideración del desarrollo de las ideas en Hispanoamérica, incluye el nombre de Echeverría. *La cautiva* en poesía; *El matadero* en cuento; *El Dogma socialista* en ensayo: todos estos textos constituyen índices de una etapa clave en las manifestaciones del romanticismo literario y político de América. Todos ellos atestiguan la presencia de un autor singular que a través de la especificidad literaria y a través de las mediatizaciones de todo ejercicio lingüístico logró enmarcar los conflictos de su época y la toma de conciencia de un período de transformaciones profundas en la realidad nacional.

La cautiva

Este extenso poema fue publicado en 1837 en el volumen de *Rimas*. Está dividido en nueve partes y un epílogo. El epígrafe de Byron centra la preocupación del hablante en la imagen de María, personaje que descuella en todo momento sobre la presencia de Brian. A través de todo el poema se explicita la clara intención de resaltar el color local, la base original, el escenario del desierto que recorta a los personajes y que los supedita a su propia violencia. Cada una de las partes del poema apunta a lo descriptivo, al empequeñecimiento humano ante la magnitud de la soledad del desierto; la reducción de toda manifestación civilizada frente a la barbarie encarnada en la presencia del indio. Los títulos mismos de varias partes del poema (las partes se titulan: «El desierto», «El festín», «El puñal», «La alborada», «El pajonal», «La espera», «La quemazón», «Brian», «María») señalan la adopción del paisaje pampeano como eje organizador del texto. Frente a ello, el drama de Brian, soldado herido por los indios, y María, su mujer, cautiva de los indios, las vicisitudes de su huida por el desierto y ulterior muerte a pesar de los múltiples y valientes esfuerzos de la mujer, se reducen a pálido pretexto que cede ante el imperio del paisaje. Cabe subrayar la incorporación del indio, especialmente en «El festín», como el enemigo feroz que luego sería elaborado desde otros ángulos en la poesía gauchesca.

Además de centrarse en las peculiaridades del terreno americano, y de haber elegido un escenario inmediato en torno a personajes que a pesar de ciertos momentos no alcanzan altura épica alguna, este poema llamó la atención por la libertad expresada en la versificación y en la métrica; por la yuxtaposición de estilos; por la incorporación de vocablos americanos sin hacer hincapié en su particularidad lingüística. Todo esto parecería apuntar a una conciencia en la capacidad de afianzamiento en una realidad propia que ya puede derivar su sentido y autoridad en un mundo anclado en ese mismo territorio que se incorpora paulatinamente a la nación. La libertad señalada en la apelación a la métrica y a la versificación también se registra en la selección de los epígrafes que rigen las partes del poema: además del epígrafe inicial de

Byron, se cita a Hugo, Dante, Calderón, Manzoni, Moreto, Lamartine, Antar y Petrarca. España, tan combatida en sus ensayos, solo es reconocida por uno de los máximos exponentes de su literatura (Larra fue el único contemporáneo aceptado por su generación); América ya señala que su tradición está abierta a otras latitudes. También registra, claro está, las predilecciones inmediatas de un romanticismo recién importado.

El matadero

La atención de Echeverría a la realidad inmediata adquiere un matiz claramente político en este cuento antológico. A través de numerosas declaraciones, este autor hizo notar que la literatura debía revestir una finalidad social. La intención política claramente didáctica de algunas de sus intervenciones polémicas, ensayos y cartas públicas, se enuncia desde las primeras líneas de este cuento. La referencia irónica a los epígonos españoles a quienes no imitará, debe ser vista dentro de la perspectiva independentista que declaraba que hasta que no se lograra destruir el legado español en sus tradiciones y en la legislación, todo enunciado sobre la independencia estaría teñido por logros imposibles. El propósito político del texto se hace evidente desde el deslinde inmediato que establece entre «historia» -como- «realidad» y «ficción». De este modo, el narrador apunta que lo narrado debe ser visto con la autoridad de una exposición histórica, como una denuncia de males verificables por testigos presenciales, como un llamado de acción para eliminar esos males y poner fin al gobierno de Rosas. Lo expuesto en este cuento de 1838 coincide con las declaraciones de la Joven Generación Argentina. En términos que se harían claramente dirimibles en *Facundo, Civilización o barbarie* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento, Echeverría también opone los términos de esa ecuación. La elección de los días de cuaresma le permite apelar a los hábitos de la población e ironizar sobre el papel que la iglesia partidaria de Rosas cumplía más allá de su dedicación al espíritu. El diluvio que desciende sobre la ciudad y que refleja la decadencia moral que podría llevar a la destrucción de ese mundo, es utilizado para azuzar a la plebe en contra de

los unitarios, únicos culpables de cuanto mal se desplaza sobre los estómagos hambrientos. El esquema simbólico es directo. Sin apelar a sutileza alguna se encaran los paralelos entre la Argentina de Rosas y el matadero; entre los carniceros y los que imponían el orden del «Restaurador de las leyes»; entre una reducción instintiva del ser humano y la exaltación de un sentido del honor encarnado en el caballero unitario.

El matadero despliega motivos que se inscriben en un cuadro de costumbres que favorece el ya notado reduccionismo de los partidos. Las divisiones son tajantes: del lado de Rosas están las fuerzas de los instintos bajos, el cristianismo rebajado en costumbres plebeyas, el favor de las masas incultas, la supervivencia de lo animal con sus correspondientes traducciones a un lenguaje que respondería a los esquemas mentales y civiles del enemigo. Un animal que huye da lugar a disquisiciones sobre «toro o novillo». De la huida queda como saldo un niño degollado accidentalmente y un gringo embarrado. La reducción de lo macho a lo físico adquiere otra dimensión en el enfrentamiento con el unitario. Su indumentaria, su montura, la falta de la insignia punzó y del luto, claramente lo identifican como enemigo de ese mundo. La ideología se refleja en ese sector a través de los atuendos y del desplazamiento del cuerpo. Es la mera presencia del joven (¿novillo o toro? será el juego) lo que incita a la violencia y al desafío. Degollar al toro debe ser tan fácil como degollar a un unitario (la ecuación se invierte fácilmente). El discurso del unitario frente a los torturadores resalta las divisiones entre lenguajes ajenos a toda posible conciliación. El juego del torturador, el sentido deportivo del matarife, chocan con el sentido del honor del joven que les escamotea la diversión muriéndose «de rabia» ante la infamia. La chusma se escurre rápidamente del lugar dejando como testimonio otra mancha de sangre inocente, análoga a la del niño muerto por la fuerza bruta y equívoca del toro condenado a muerte.

La intención del cuento ya registrada en los paralelos, se explicita aún más en el párrafo filial. El narrador establece los paralelos y subraya la distancia que media entre los «apóstoles» de Rosas y el patriotismo, la decencia y todo indicio de civilización que signa a sus opositores. La oposición política también

sugiere otra oposición (elaborada plenamente en *Facundo*): la ciudad civilizada, que aquí se manifiesta a través de la mera presencia del unitario, y la barbarie del campo con la penetración en el ámbito urbano a través del régimen del matadero. La oposición apunta, además, a las diferencias entre sistemas económicos referidos a bases diferentes.

Las divisiones sugeridas y sustentadas por el texto serían elaboradas a través de todo el pensamiento liberal argentino. La presencia de Rosas aceleró la necesidad de formular una plataforma concreta que sirviera de sustento en la formación de ese pensamiento. Echeverría contribuyó a ese proceso con el *Dogma socialista*; Sarmiento lo haría con *Facundo*; Juan Bautista Alberdi con *Bases*; la reorganización nacional con la Constitución de 1853 forjada sobre la derrota de Rosas.

Dogma socialista

Las reuniones del Salón Literario proyectaron las preocupaciones literarias hacia áreas de índole explícitamente social y política que alteraron radicalmente las actividades de varios de sus integrantes. Como ya se ha indicado, son algunos de esos mismos intelectuales los que formarían la «Asociación de la Joven Generación Argentina» cuya *Creencia o Credo* fue redactado por Echeverría e incorporado en 1846 como *Dogma socialista*. La historia de este período fue organizada por el propio Echeverría en su *Ojeada retrospectiva* en la que recupera las circunstancias de la primera lectura de las «Palabras simbólicas» el 23 de junio de 1837 y plantea la perspectiva desde la que hubiera percibido el desarrollo de la década siguiente. Reconoce como fundamental el aporte de la comisión integrada por él, Alberdi y Gutiérrez para explicar las «Palabras simbólicas». En su mayoría, éstas describían la plataforma desde la cual la Joven Generación enunciaba su posición política y formulaba un proyecto nacional regido por la democracia y un alto sentido de la conducción hacia el progreso. Las quince palabras son:

«1. Asociación. 2. Progreso. 3. Fraternidad. 4. Igualdad. 5. Libertad. 6. Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo su ley. 7. El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social. 8. Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas de la revolución; menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima. 9. Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo. 10. Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen. 11. Emancipación del espíritu americano. 12. Organización de la patria sobre la base democrática. 13. Confraternidad de principios. 14. Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario. 15. Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución».

Muchos estudiosos se han ocupado, con variados matices y alcances de las fuentes de estas palabras y de su elaboración más detallada. Ya una primera lectura permite notar la evidente transcripción de los ideales de la Revolución Francesa y la incorporación de ideas que permitían la presencia de elementos religiosos a los que se les asignaba una función social moral en un documento que revestía una aparente raigambre más estrictamente «racional(ista)». El proyecto de la Asociación era conducir al Progreso, es decir, a vivir de acuerdo a la «ley del ser». Para ello contribuirían la «ley ideal» (el cristianismo) y la «ley positiva» (la operación de la «ley ideal») y la existencia de un gobierno democrático ilustrado basado en los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad. La juventud argentina aportaría la educación, la abolición de las leyes y tradiciones heredadas de la colonia que ejercían presiones contrarias a los ideales de Mayo. Solo mediante el descubrimiento y afianzamiento de la peculiaridad nacional se podría avanzar hacia el Progreso y hacia la integración

al concierto de las naciones civilizadas. Resultaba obvio, dentro de este planteamiento, que el régimen de Rosas era un obstáculo y una demostración de aquellas vallas que debían ser superadas y que motivaron la alianza táctica de los jóvenes con los unitarios a pesar de serias discrepancias con su ideario (*v. g.*, el sufragio universal que consideraban, siquiera en parte, como responsable del acceso de Rosas al poder).

América, se alegaba, debía responder a su propia naturaleza pero sin por ello rehuir las lecciones de Europa, centro del progreso y de la civilización. Se planteaba de este modo un ansiado equilibrio entre un asentamiento en lo propio y una admiración por aquello que se deseaba integrar como modelo. La emancipación del espíritu americano era asequible para ellos a través de la emulación de lo europeo y su adecuación a la naturaleza americana. La renovación de lo propio se yuxtaponía con un ataque frontal a la mediocridad en todo ámbito de quehacer cotidiano. Se confiaba que la educación lograría aplacar los instintos de las masas y que la religión impondría las buenas costumbres. De este modo el pueblo avanzaría de común acuerdo hacia el concepto de igualdad de clases y democracia sustentado por este núcleo intelectual. La industrialización del país contribuiría como base fundamental para el proyecto total.

En los momentos en que se redactaban estas palabras y se discutían sus ramificaciones, la tarea inmediata estaba cifrada en la derrota de Rosas que potenciaría el regreso a la tradición sustentada por Mayo. Si bien se insistía reiteradamente en lo «nuestro» como medida de lo propio y lo adecuado a las necesidades del país, no cupo en ese análisis la posibilidad de que aquello que se combatía fuera siquiera una manifestación de «lo nuestro». Se trata, huelga decirlo, de expresiones políticas partidarias, reconocidas como tales, que enunciaron la posición que renegaba de unitarios y de federales y que se asignaba la función de legitimar las bases de Mayo como única vía hacia el futuro.

A casi diez años de la lectura de las «Palabras simbólicas», se suma la *Ojeada retrospectiva al Dogma socialista* como documento que organiza la

comprensión de las bases de la tradición liberal argentina y su inscripción dentro de la historia del socialismo argentino y americano.

Bibliografía

• Obras

- *Obras completas*, Buenos Aires, C. Casaralle, Imprenta y Librería de Mayo, 1870-1974, 5 tomos. Texto de Juan María Gutiérrez en el tomo V.
- *Obras completas*, compilación y biografía de Juan María Gutiérrez. Precedidas por estudios sobre «La visión política e histórica de Echeverría» por José P. Barreiro: «La vocación poética» por Eduardo Joubin Colombres, Buenos Aires, A. Zamora, 1951.
- *Dogma socialista*, edición crítica y documentada, prólogo de Alberto Palcos, la Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1940 (sigue la 2.^a ed. tirada por el autor en Montevideo, 1846 con las variantes respecto a la edición, 1839).
- *La cautiva, El matadero*, fijación de los textos, prólogo, notas y apéndice documental e iconográfica de Ángel J. Battistessa; ilustraciones de Eleodoro E. Marengo, Buenos Aires, Peuser, 1958.

• Crítica

- AGOSTI, Héctor Pablo, *Echeverría*, Buenos Aires, Futuro, 1951.
- BARREIRO, José P., *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico. La visión política y social de Echeverría. La interpretación histórica de Ingenieros*, Buenos Aires, A. Zamora, 1951.
- BERENGUER CARISOMO, Arturo, *Las corrientes estéticas en la literatura argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1971. Sobre la obra de Echeverría, tomo II, pp. 71-240.
- BOGLIOLO, Rómulo, *Las ideas democráticas y socialistas de Esteban Echeverría*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1937.
- BORELLO, Rodolfo A., *Notas a «La cautiva»*, (separata de) *Logos*, n.º 13-14 (1977-78), pp. 70-84.
- BUCICH, Juan Antonio, *Esteban Echeverría y su tiempo*, Buenos Aires, Talleres Gráficos «Virtus», 1938.
- CHANETON, Abel, *Retorno de Echeverría*, Buenos Aires, Ayacucho, 1944.
- CORTÁZAR, Augusto Raúl, *Echeverría, iniciador de un rumbo hacia lo nuestro*, Buenos Aires, Peuser, 1946.
- GARCÍA MÉROU, Martín, *Ensayo sobre Echeverría*, Buenos Aires, Peuser, 1894.
- GHIANO, Juan Carlos, *«El matadero» de Echeverría y el costumbrismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

- HALPERÍN DONGHI, Tulio, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
- HORAS, Plácido Alberto, *Esteban Echeverría y la filosofía política de la Generación de 1837*, San Luis, Universidad Nacional de Cuyo, 1950.
- JITRIK, Noé, *Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.
- LABROUSSE, Roger, *Echeverría y la filosofía política de la Ilustración*, *Sur*, n.º 219-220 (1953) pp. 79-92.
- LAMARQUE, Nydia, *Echeverría el poeta*, Buenos Aires, 1951.
- LANUZA, José Luis, *Esteban Echeverría y sus amigos*, Buenos Aires, Raigal, 1951.
- MANTOVANI, Juan, *Echeverría y la doctrina de la educación popular*, Buenos Aires, Perrot, 1957.
- MARIANETTI, Benito, *Esteban Echeverría, glosas a un ideario progresista*, Mendoza, 1951.
- MARTÍNEZ, Joaquín G., *Esteban Echeverría en la vida argentina*, Buenos Aires, Ateneo Liberal Argentino, 1953.
- MORALES, Ernesto, *Esteban Echeverría: su obra póstuma*, Buenos Aires, Claridad, 1950.
- ORGAZ, Raúl A., *Echeverría y el saint-simonismo*, Córdoba, Imprenta Argentina, Rossi, 1934.
- ORTIZ, Ricardo M., *El pensamiento económico de Echeverría; trayectoria y actualidad*, Buenos Aires, Raigal, 1953.
- PALACIOS, Alfredo L., *Esteban Echeverría, Albacea del pensamiento de Mayo*, Buenos Aires, Claridad, 1951.
- PALCOS, Alberto, *Historia de Echeverría*, Buenos Aires, Emecé, 1960.
- PAZ, Hipólito Jesús, *La organización del estado argentino en el «Dogma socialista» de la Asociación de Mayo*, prólogo del doctor Carlos Ibarguren, Buenos Aires, El Ateneo, 1938.
- POPESCU, Oreste, *El pensamiento social y económico de Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Americana, 1954.
- ROJAS PAZ, Pablo, *Echeverría, el pastor de soledades*, Buenos Aires, Losada, 1951.
- SOLARI, Juan Antonio, *Esteban Echeverría; «Asociación de Mayo», su ideario*, Mar del Plata, 1949.
- WEINBERG, Félix, comp., Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, *Esteban Echeverría, El salón literario*, estudio preliminar de F. Weinberg, Buenos Aires, Hachette, 1958.
- **Repertorios bibliográficos**
 - KINERMAN, Natalio, *Contribución a la bibliografía sobre Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas, 1971.
 - WEINBERG, Félix, «Contribución a la bibliografía de Esteban Echeverría», *Universidad* (Universidad Nacional del Litoral) n.º 45 (1960) pp. 159-226.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

